

CLARIDAD

Periódico de Sociología, Crítica y Actualidades

Redacción y Administración: Agustinas 632, Santiago

Dirección Postal: Casilla 3323

Aparece los Sábados

Precio: 20 Centavos

AÑO II. — SANTIAGO, JUNIO 3 DE 1922 — NÚM. 54



El Cartel de Hoy

27 de MAYO de 1922

Y la masa gris de hombres, mujeres y niños se aglomeró al pie del monumento cantando himnos de redención. Desde las gradas, los oradores pedían pan para sus estómagos vacíos y trabajo para sus músculos flácidos por la inercia...

Y al descubrir a un Judas entre ellos, lo persiguieron para que no los manchara con su contacto. Y entonces el gobierno se manifestó con su fuerza brutal: los caballos pisoteaban a los desarrapados; los policías blandían sables, cortando y pinchando carne de hermanos; las balas cruzaban el aire y se iban a incrustar en los cuerpos indefensos. La masa obrera se recogió sobre sí misma, sofocada por el terror y la indignación: los hombres se lanzaron sobre la tropa, las piedras volaron, los puñales brillaron como pupilas; las mujeres avanzaron con sus hijos como escudos; los niños y los viejos se arrodillaron con los brazos en alto; los estandartes rojos palpitaron como corazones sangrientos y las banderas escarlatas tremolaron al viento como lenguas anatematizadoras...!

El horror impedía ver la lucha desigual. Poco después, la masa huyó despavorida, se deshizo, perseguida por los sayones sanguinarios... Aquí y allá cadáveres y heridos; las madres entoquecidas refugiando en el seno a sus hijos muertos para no infamarlos con la morgue; los hombres, cargando a los compañeros moribundos a ocultarlos en los conventillos para salvarlos de la cárcel...

Y luego llegaron los políticos y los frailes y, entre muecas y saludos, ofrecieron justicia... Ja... ja... ja...! ¡Justicia de gobernantes: los policías condecorados y los heridos proletarios a podrirse a las prisiones... ¡por haber muerto a sus compañeros!

¡Garras del poder estatal: burgueses, políticos, policías, frailes y jueces! ¡Hijos de una gran perra! ¡¡A-se-si-nos!!!

JUAN GUERRA.

Editorial LUX

«El Comunismo en América»

por **EVANGELINA ARRATIA**

Conferencia dictada en la I. W. W. y en la Fed. de O de Imp.

PRECIO: 40 CTS.

Se hace un descuento de 25% comprando más de 10 ejemplares.
Pedidos:

Luisa Soto — Correo 5 — Casilla 6010 — Santiago

LEA USTED:

El Hombre, de Montevideo.

Verba Roja, de Santiago.

El Trabajo, de Punta Arenas.

La Antorcha, de Buenos Aires.

La Protesta, de Buenos Aires.

La Batalla, de Valparaíso.



Folletos

Libros

Revistas

Toda persona que se interese por conocer el origen y desarrollo del movimiento proletario, en su aspecto doctrinario y económico, debe leer los folletos y revistas que se indican a continuación, y están a la venta en las oficinas de «CLARIDAD». Agustinas 632 —

Se atienden pedidos de provincias. Dirección postal: **CARLOS CARO, Casilla 3323**

Rebeldías Líricas.....	\$ 0.60	El Comunismo en América. \$	0.40	Voces de Liberación.....	\$ 0.40
La Doctrina Anarquista... ..	0.50	Soviet o Dictadura.....	0.60	Enseñanzas Económicas de	
Entre Campesinos.....	0.40	La Tercera Internacional....	1.50	la Revolución Rusa... ..	0.60
El Hombre de Montevideo...	0.40	En el Café.....	0.50	El Sindicalismo Libertario..	0.40
España.. ..	0.60			El Evangelio de la Hora... ..	0.20

Además encontrará Ud. obras de Stenhdal, Michelet, Zola, Boutroux, Palacio Valdés, Zamacois, Linares Rivas, etc.

LA LIBERTAD DE OPINAR

Y EL PROBLEMA DE TACNA Y ARICA

POR **CARLOS VICUÑA**

Historia del incidente. — Don Tomás visto por dentro. — La opinión privada del Presidente Alessandri. — Bajezas de políticos y funcionarios. — El debate en la Asamblea Radical. — El Discurso de Vicuña Fuentes. — Los debates Parlamentarios. — La opinión de los intelectuales. — Carta de Don Miguel de Unamuno. — La cuestión legal. — LA LIBERTAD. — Los funcionarios públicos y la libertad de opinar. — El patriotismo. — Historia de la guerra y de la paz con el Perú y Bolivia. — Juicio de la guerra de 1879 y de la paz de 1883. — ¿Cuál es el Verdadero Interés de Chile en el problema internacional del Norte? — Conclusión.

\$ 5.-- ejemplar de 350 páginas.

Pedidos a **CLARIDAD**

Sastrería Ecuatoriana

DE

LUIS MOSCOSO M.

TRAJES ELEGANTES:

CORTE INGLÉS Y AMERICANO

GRAN DESCUENTO A LOS ESTUDIANTES

Avenida Independencia Núm. 867

JUVENTUD

se dirige una vez más a sus agentes rogándoles correspondan a la confianza que la administración de la Revista ha depositado en ellos.

Muchas son las comunicaciones públicas y privadas, que les hemos dirigido, sin obtener ningún resultado efectivo: a ello se debe el retardo en la publicación de **JUVENTUD**.

Para seguir en esta obra es necesario que nuestros agentes y deudores de todo el país se apresuren a ponerse al día en sus cuentas antes de obligarnos a recurrir a medidas más radicales, cuya adopción hemos resistido hasta hoy.

ORGANO OFICIAL
DE LA
FEDERACION
DE
ESTUDIANTES
DE
CHILE



CLARIDAD



Periódico Semanal de Sociología,

— Crítica y Actualidades —

SANTIAGO, JUNIO 3 DE 1922

:: REDACCIÓN ::
Y ADMINISTRACIÓN
:: CLUB ::
DE
ESTUDIANTES
AGUSTINAS 632
:: SANTIAGO ::

La solución del problema

Los pleitos internacionales,— como los pleitos entre personas, concluyen por arruinar a los litigantes cuando se prolongan demasiado. Las incidencias de la litis van despertando poco a poco la terquedad y el amor propio de las partes. Generalmente, son las voces del Egoísmo o del Orgullo las que logran ahogar la voz de la Razón. Si en un comienzo se escucharan las insinuaciones de la cordura, los pleitos no podrían producirse. Desgraciadamente, la naturaleza humana parece apartarse de las insinuaciones razonables, para subir al tinglado de las controversias sin fin. Es lo que ha ocurrido hasta el presente con las disputas entre naciones.

En el caso de Chile y el Perú, la Paz Armada,— derivación lógica del agrio estado de sus relaciones,— ha arruinado sus finanzas. La ruina fiscal en uno y otro país ha rebotado como de contragolpe sobre ambos pueblos, y la penuria popular no es más que una prolongación de la penuria fiscal. Los dineros de los contribuyentes se han filtrado en la compra de cañones y fusiles. Los gestores administrativos y los agentes de casas proveedoras de armas, han reportado inmensos beneficios pecuniarios de los arrestos belicosos de uno y otro país. Y si las inversiones en elementos bélicos no han sido la causa inmediata y determinante de la bancarrota fiscal, han sido, sin embargo, uno de sus más poderosos factores.

Solamente a la hora undécima se ha divisado la boca del negro abismo hacia donde enderezaban sus pasos dos pueblos que, por razones de vecindad, de raza y de historia, están llamados a completarse.

Pero nó. El Perú ha atisbado los movimientos del gusano del sur, del odiado enemigo del 79; y Chile ha redoblado sus tambores para meter susto al Perú, y acallar con su ruido el hambre de su propio pueblo...

En esto se han entretenido este par de Fierabras de cartón por espacio de cuarenta años,

acechando, atisbando con recelo, el uno hacia el sur, hacia el norte el otro; mientras sus Fiscos, como las vacas flacas legendarias, no exprimían ni una gota del lácteo líquido engordador de burócratas...

**

Pero ha llegado un momento en que la comedia no ha podido seguir, por cansancio de los actores y por quiebra de los empresarios...

Y llegamos a la liquidación. Y allá en Washington están los síndicos tratando de poner remate a un asunto que dura ya demasiado.

Tres son las posibles soluciones, si bien una de ellas no la acepta el Perú, según lo han declarado categóricamente sus hombres públicos: el Plebiscito, el Arreglo Directo y el Arbitraje.

El Plebiscito, que Chile aceptaría con modificaciones en su forma extrínseca, no lo acepta el Perú. La razón de su negativa está en que Chile ha preparado una votación *ad-hoc*, que le daría el triunfo, llevando elementos chilenos desde el sur, y expulsando sistemáticamente a los peruanos de los territorios en disputa.

En realidad, el Arreglo Directo sería el más honroso, porque daría pruebas de las propias capacidades de ambos pueblos para zanjarse sus dificultades, y sentaría un precedente del más puro y genuino americanismo. Pero mucho tememos que la terquedad de los Delegados, y más que todo el temor de los dos gobiernos de herir susceptibilidades patrioterías, hagan ilusoria esta solución.

Y no quedaría más camino a seguir que el Arbitraje.

Sería éste el caso de dos niños díscolos, rebeldes, que no desean ponerse de acuerdo, que no quieren encontrar la solución. Y en tal caso, se impone que un tutor enérgico los llame a la cordura, a poner término a un pleito semiseccular que podría, andando el tiempo, salpicar con sangre, una vez más, la túnica de la Virgen del Mundo!...

Nuevas orientaciones

TACTICA LIBERTARIA

Teóricamente se han expuesto algunas ideas; prácticamente se han hecho unos cuantos ensayos sobre esta materia. En general, la táctica libertaria se ha reducido a la propaganda oral y escrita o, empujada por circunstancias excepcionales, se ha lanzado a vías de hecho. Esto último ha pasado ya a la historia y no es probable se repita en idéntica forma; la propaganda parece sufrir crisis de cansancio por agotamiento.

Unos cuantos intentos de intervencionismo directo en las luchas obreras, no han logrado reavivar la acción anarquista. No obstante, se insiste en orientarse de algún modo nuevo y mejor para hacer eficaz la propaganda.

Acaso la dificultad consiste en que siempre razonamos en vista del fin absoluto del ideal y no acertamos a dar sino soluciones definitivas con posible realidad a larga distancia. Las soluciones transitorias se nos escapan por temor al oportunismo y al reformismo. Y sin embargo, son necesarios. La meta no es lo mismo que el camino a recorrer. Puede ponerse la vista tan lejos como se quiera, pero no sin mirar, al propio tiempo, donde se asienta el pie sino se quiere estar siempre en riesgo de dar con el cuerpo en tierra. Así el anarquismo viene obligado, hasta por idealismo, a suministrar soluciones prácticas que sean como los sindicados del largo camino que es menester andar.

La exposición doctrinal no basta. Es preciso además impregnar la acción social del espíritu libertario. ¿Cómo hacerlo?

En el hecho de la lucha de cla-

ses que, aunque quisiéramos, no podríamos esquivar, el intervencionismo no es discutible. Es una realidad por encima de todos los distinguos. Y puesto que existe, la solución al problema es sencilla: ensanchar el campo de la lucha, excitar la dignidad personal, el ejercicio de la autonomía, y hacerse fuertes contra todos los particularismos que tienen embrutecida a la masa. El espíritu libertario penetrando, poco a poco, entre los trabajadores, los hará conscientes de su misión, los *irá haciendo* libres y solidarios. Es preciso darse cuenta de que de golpe y porrazo no vamos a encontrarnos, un día cualquiera, con hombres hechos a la medida del porvenir, aptos para realizar el contenido de los ideales nuevos. Y es preciso también rendirse a la evidencia de que sin el ejercicio continuo y creciente de las facultades individuales, sin el hábito de la autonomía, todo lo amplio posible, no se harán hombres libres o por lo menos en condiciones de serlo tan luego el hecho social cambie la faz de las cosas. La revolución externa y la revolución interna se presuponen y han de ser simultáneas para ser fructíferas.

Hay para los anarquistas, en el intervencionismo, el peligro de ser arrollados por la lucha de clases. Ahora mismo el afán sindicalista tiene sorbido el seso a muchos de los nuestros hasta el punto de que no sea el ideal la fuerza directriz sino la rutina asociacionista y de clase. No es esto, sin embargo, suficiente para que abandonemos un campo también dispuesto para recibir la semilla de los ideales nuevos. La superficial cultura liberta-

Un buen entendimiento entre Chile y el Perú traerá consigo la solución de todas las diferencias pendientes entre los demás pueblos de América, porque la sugestión del buen ejemplo predispone a los hombres, como a los países, a la adopción de normas capaces de transformar en sentido altruista los egoísmos nacionales.

Una solución,— cualquiera que ella sea,— valdrá más, inmensamente más, que esta incertidumbre, que esta zozobra del presente. Sobre ser un pozo en que se consumen los dineros nacionales, la discordia de hoy puede llenar de sangre y luto el Continente Americano.

M. J. MONTENEGRO.

PURIFICACION

(Del libro en prensa "La Torre")

Cuando me miren tus pupilas bellas,
claras por las contemplaciones graves,
estarán apegadas las estrellas
y mudos los arroyos y las aves.

Habrà caído lava y fuego y llanto,
toda la tierra formará una cruz,
será la hora anunciada del espanto.
La muerte alumbrará como una luz.

Quizá un recuerdo... Vagos parecidos
dirás que tengo de la carne vieja;
algo que habrá marcado en mis sentidos
la tierra lúgubre como una queja.

Talvez ni eso; tal vez no encuentres nada,
Y te solaces como en una viña
sobre mi corazón... Purificado
mi alma perfumará por la campiña.

JOAQUÍN CIFUENTES SEPÚLVEDA.

ria de algunos y la impulsividad desorientada de otros dará fatalmente aquellos frutos; pero también a la larga la obra de saturación del espíritu libertario se hará patente en el seno de las multitudes obreras organizadas y a la hora precisa el método anarquista contará por millares los que lo actúen aunque sólo cuente por docenas los adeptos.

Fuera de las agrupaciones de oficio, la táctica libertaria tiene así mismo ancha esfera de acción. No solamente exponiendo ideas repetidas en mil periódicos, folletos y libros, sino también dando soluciones y hechos adecuados a cada materia y a cada circunstancia, y haciendo ver prácticamente lo que en la experimentación, lo que en la vida real, vale el método anarquista. Favorecer e impulsar con hechos, tanto como con la palabra, las fuertes tendencias autonomistas de nuestros tiempos y formentar a la vez todo modo de acción directa en lo político, en lo económico y en lo religioso, sería obra tan eficazmente libertaria que ninguna propaganda podría igualarla. Para realizarla es necesario que los grupos anarquistas no se reduzcan a una finalidad negativa como sucede casi siempre, sino que se decidan por soluciones positivas, de intervención en todas las formas de la lucha social. Y para este cambio de frente, es preciso asimismo que, previamente, los grupos se ejerciten por el estudio, por la discusión, por la enseñanza recíproca, por una constante labor de cultura, en la traducción clara y precisa y en la práctica sincera del método libertario. Porque no basta ni bastará nunca la demostración dialéctica, sino que es indispensable hacer ver cómo las cosas pueden hacerse experimentalmente según el método de la libertad personal, según el procedimien-

to de la cooperación voluntaria, del libre acuerdo entre los hombres. Tan distanciados andamos de la rutina ambiente, que hay que meter en las cabezas a fuerza de maza la posibilidad y las ventajas y la justicia de la verdad anarquista.

Naturalmente, todo esto excluye el acostumbrado vocerío de los lenguados sin pizca de cacumen, y la baratería de los majaderos que resuelven las mayores dificultades milagrosamente. El jacobinismo y la algazara motinesca no son tampoco ni medios de acción revolucionaria ni instrumentos de enseñanza y propaganda adecuados al método libertario. Quiérase que no. La acción anarquista ha de ser tan pedagógica, por así decirlo, como de combate. Los espíritus prácticos, que tanto abundan en el seno del proletariado, darán a la propaganda y a la experimentación anarquista, en el sentido que dejamos indicado, soluciones que no son de posible ni deseable adivinación para un solo individuo. Lo principal es ponerse sobre una ruta; una vez en ella, las facilidades de seguirla aumentarán rápidamente con la inventiva y las iniciativas de todos.

Por nuestra parte, creemos que un período de ensayos en el sentido dicho, produciría más pronto o más tarde una orientación segura a las mil diversas actividades actualmente malgastadas en inútiles griteríos y en dañosas sutilezas. Y puesto que el mal es indiscutible y la propaganda decae visiblemente, necesario será que intentemos algo que reanime, que vigorice la acción netamente anarquista, sin olvidar que no consiste tanto en hacer prosélitos como en conseguir que actúen anárquicamente el mayor número posible de individuos.

RAUL.

DOS CARTAS

La Educación y la libertad de opinar

«Santiago, Septiembre 6 de 1921.
—Señor doctor don Carlos Fernández Peña. — Presente. — Estimado amigo:

Permítame felicitarle muy sinceramente por el voto que usted ha propuesto en la Asamblea Radical de Santiago a propósito de la separación del profesor señor Vicuña Fuentes.

Cuando con tanta ligereza repetimos aquello de la libertad absoluta de opiniones de que debe gozar el educador público, veo que olvidamos lamentablemente que educar equivale precisamente a regular la conducta dentro de ciertas y determinadas normas, y que la educación moral, por consiguiente, no es otra cosa que la regulación de la conciencia dentro de las normas de la moral. Puede decirse que la educación moral está, en cierta manera, reñida con la tan decantada libertad de opinar.

El caso del profesor Vicuña Fuentes es el de opiniones lanzadas en contra de los intereses nacionales, entendidos como los entiende el Gobierno y de acuerdo con la mayoría de la opinión pública; constituye en estos momentos, una ofensa contra la dignidad del Estado. Supóngase que un educador alemán, antes de la guerra, hubiera manifestado la opinión de entregar la Alsacia y la Lorena a la Francia, o que un educador francés del presente hiciera otro tanto. Sin vacilación de ninguna especie se le expulsaría de su puesto porque atentaba contra los supremos intereses nacionales, contra la augusta majestad del Estado. Si nosotros no hiciéramos otro tanto, seríamos un pueblo de cretinos.

La libertad que es sagrada para un profesor universitario, es la de investigación de la verdad científica; pero ésta jamás podrá ser confundida con la de decir impertinencias.

Se dirá que el señor Vicuña Fuentes habló así, precisamente por amor a lo que él tenía por verdad y por sinceridad; pero la verdad no consiste en decir todo lo que a uno se le ocurre en materia de opiniones o de creencias; porque si así fuera, daríamos ancho curso a todas las impertinencias de las personas de mal criterio, y a todas las supersticiones de los fanatismos. Un alumno puede opinar con o sin razón que su profesor es un imbécil; pero nadie le exigiría que en honor de la sinceridad dijera imbécil a su profesor.

Reiterándole mis más sinceras felicitaciones. se despide su amigo y S. S.

GUILLERMO SUBERCASEAUX.

El caso del profesor señor Guillermo Guerra

«Señor don Juan Antonio Iribarren.—Presente.—Estimado colega y amigo: Por haberme encontrado ausente no pude darme el gusto de adherir el acuerdo suscrito por los colegas del profesorado a propósito de los injustificados ataques de que fué víctima nuestro colega Guerra en el Senado de la República.

El profesor universitario debe, a mi juicio, gozar de la libertad requerida para exponer sus ideas, sin que haya peligro en el ejercicio de esta libertad; porque, sean cuales fueren las apreciaciones de cada profesor sobre los diversos puntos de actualidad política, siempre estarán ellas rodeadas del respeto que merece el estudio científico, y el desempeño de la noble tarea de la enseñanza universitaria.

Al tratarse de la libertad de la cátedra siempre he considerado que debemos distinguir entre la Instrucción Primaria y aún Secundaria y la Universitaria o Superior. En la muy noble tarea del profesorado de aquellas ramas de la Instrucción Pública prima por sobre todo el carácter educativo; al paso que en los profesores de la Universidad prima o debe primar el carácter científico.

Si la Universidad, a juicio de los Poderes Públicos, no corresponde a los altos fines que le están encomendados, que se la reorganice. Pero su cuerpo de profesores no podrá jamás resignarse dignamente a aceptar el tutelaje de ningún cuerpo político, como lo es el Senado de la República.

Sírvase, pues, estimado colega, agregar mi firma al acuerdo tomado por los demás colegas sobre el particular. — (Fdo). — GUILLERMO SUBERCASEAUX. — Santiago, Mayo 27 de 1922.

NOTA: Hasta este momento los alienistas de la calle Olivos, no han podido establecer si el señor Guillermo Subercaseaux se encontraba mal de salud, cuando escribió la primera o cuando escribió la segunda carta.

OBREROS:

¡MUSTAFÁ!

Depósito de artículos de vidrios: vasos, copas, floreros, botellas, jarrones, potrillos, etc., etc.

MAPOCHO 954

De la Intolerancia

Acabo de tomar de la cola a un gato, y de las consecuencias de este hecho casi saco materia para fundamentar una tesis filosófica. Confieso que no tenía mala intención contra el terco felino; por el contrario, mi propósito era el bueno de acariciarle su siempre interrogante extremidad, cuando clavando las uñas todas de sus patas en la madera del piso hube de soltarle temiendo que con su salvaje es-

fuerzo se fraccionara dejándome en la palma la cola y huyendo mutilado y loco.

He aquí la expresión plasmada de la intolerancia, me dije, que bien puede servir de argumento para afirmar a Voltaire y Rodó. Y convencido de que no hay cosas insignificantes; porque son constelaciones los átomos y mundos los electrones, pensé en el gato aquel y después en la intolerancia. No olvidé mi situación orgullosa de ser superior: reflexioné el caso y casi

me dieron ganas de ejercer mis derechos de superioridad, en realidad yo tenía razón; además no pretendía dañar al gato y, por sobre todo me hubiera sido fácil castigar su intolerancia pisándole la cabeza. Pero, dije de pronto para mi capote, si he de sacar una lección del caso ha de ser esto: que los gatos son los ejemplares mejores de la intolerancia, y ya de por sí queda bien castigada esa facultad atribuyéndola a bestias tan insignificantes como los gatos.

Desde ese momento mi manera de pensar sobre la tolerancia cambiará. Creo haber recibido del solapado felino una lección de filosofía que posiblemente no me fuera infiltrada con tanta enseñanza por un tratado de Aristóteles.

No falta quien crea que el animal más intolerante es el burro, pero... ¡quién! la intolerancia fué inventada por los primeros gatos que existieron bajo el sol.

FIOLIN,

De Rodolfo Rocker.

Origen y Significado de la Idea de "SOVIET"

Si echásemos la culpa de los acontecimientos que están ocurriendo en Rusia solamente a unos cuantos individuos, nos equivocáramos por completo. Los individuos son tan sólo responsables en la medida en que lo pueden ser los dirigentes de determinada tendencia ideológica. Pero las causas de estos acontecimientos trágicos son más hondas. Son las consecuencias de un sistema que infaliblemente debía provocar tal situación.

Esto fué hasta ahora tan poco comprendido porque se ha pretendido siempre complementar o identificar dos conceptos antitéticos, a saber: la organización de los soviets (consejos de obreros) y la famosa "dictadura del proletariado". Observando la revolución rusa, se ha llegado poco a poco a esta interpretación y se ha creído ver en una idea el necesario complemento de la otra. Pero la verdad es que tenemos que vernos aquí con dos formas diversas de organización, cuya unión es imposible. La dictadura es la contradicción directa de la organización soviética y si se pretende por la fuerza ligar a las dos tendencias, se obtendrá como resultado un producto híbrido de la especie de la comisariocracia bolshevikí en la Rusia actual, que está concluyendo por ser la enterradora de la Revolución Rusa.

La idea de "soviet" no admite dictadura alguna debido a que se funda sobre cimientos distintos. En la organización de los soviets rige la voluntad de abajo, la energía creadora del pueblo; en cambio, en la dictadura rige la violencia de arriba, la sumisión ciega al molde sin espíritu de un dictador. Las dos formas, una frente a otra, no pueden existir. En Rusia triunfó la dictadura; por consiguiente, no hay soviets. Lo que allí existe es nada más que la nefasta caricatura de la idea soviética.

La idea de "soviet" es, en su exacto significado, la idea misma de la revolución social y abarca todo lo que de propiamente constructivo existe en el socialismo. La idea de "dictadura" es de puro origen burgués y no tiene relación alguna con el socialismo. La idea de "soviet" no es nueva, de manera alguna, ni recién nos ha llegado con la Revolución Rusa. Comenzó a desarrollarse en el seno de la fracción más avanzada del movimiento obrero europeo, cuando la clase proletaria organizada se estaba preparando para sacudir todo el brillo artificial del radicalismo burgués que la cubría, para levantarse por cuenta propia. Esto aconteció en aquella lejana época en que la "Asociación Internacional de Trabajadores" trató de unir por vez primera a los proletarios de todos los países en una gran unión con el propósito de abrir una brecha hacia la liberación del yugo de salario de esclavo.

No obstante que la Internacional tenía un marcado carácter de unión internacional de oficios y organizaciones de industrias, sus estatutos eran lo suficientemente amplios como para ofrecer albergue en sus filas a todas las tendencias socialistas de aquel entonces, siempre que se declarasen de acuerdo con la finalidad de la Asociación. Lógico es suponer que en los primeros tiempos la ruta ideal de la gran unificación proletaria no tenía la claridad de comprensión ni la exactitud de expresión que cobró notablemente en los primeros congresos de Génova (1866) y Lausana (1867). Pero a medida que la Internacional iba madurando interiormente y crecía como organismo de lucha, las doctrinas de sus adherentes se purificaban con tanta mayor rapidez. La actividad práctica en la lucha cotidiana entre el capital y el trabajo, condujo por sí misma a los obreros a una interpretación más profunda de los problemas sociales con el propósito de hallar medios para resolverlos.

En el congreso de Basilea, el año 1869, la evolución interior de la gran Asociación Obrera llegó a su meta. Exceptuando la cuestión de la tierra —sobre la cual se reafirmó la resolución anterior— el congreso dedicó especialmente su atención al problema industrial. En el informe que presentaron el

belga Hins y el francés Pindy, se expresaba por vez primera desde un nuevo punto de vista, los principios y el significado de las organizaciones obreras industriales, aunque mostrando muchas analogías con las ideas de Roberto Owen, cuando éste, en el tercer decenio del siglo pasado, había fundado la "Grand National Consolidated Trade Union". El congreso de Basilea declaró clara y explícitamente que el tradeunionismo o sindicalismo no es únicamente una organización de resistencia común y temporaria, cuya razón de ser se explica sólo dentro de la sociedad capitalista, debiendo luego desaparecer conjuntamente con ésta. Por el contrario, se corrigió en su origen el concepto de la tendencia socialista estatal, que trata de circunscribir la acción de los organismos obreros industriales al mejoramiento de las condiciones de trabajo agotando allí toda la misión de éstos. En el informe de Hins se declaraba que la organización para la lucha económica de los trabajadores debía ser considerada como una finalidad de la futura sociedad socialista y que incumbía, por lo tanto, a la Internacional instruir a la organización obrera para esta misión histórica. En este sentido el congreso aprobó la siguiente resolución:

"El congreso declara que todos los trabajadores deben intentar la fundación de sociedades de oficio en las diversas industrias. A medida que se vayan fundando tales sociedades, se comunicará a las organizaciones del mismo oficio, para de ese modo facilitar la fundación de uniones nacionales de la industria. Esta corporación deberá coleccionar todos los materiales que tuvieren alguna relación con su industria y llegar a un acuerdo común con respecto a las disposiciones necesarias para que la federación de productores libres pueda reemplazar al actual sistema de salario. El congreso autoriza al consejo general a facilitar las relaciones de las organizaciones de oficio de los diferentes países".

Comentando la precedente resolución, que la comisión presentó al congreso, declaró Hins que de esa doble forma de organización "es decir de las sociedades de oficios locales y las uniones generales de industria ha de nacer más adelante la administración política de la comuna y la representación general del trabajo en un sentido regional, nacional e internacional".

"Los consejos de las organizaciones de oficios y de industria ocuparán el puesto de los actuales gobiernos. Estas representaciones concluirán de una vez por todas con los viejos sistemas políticos del pasado".

La susodicha idea, nueva y fructífera, nació del conocimiento de que toda nueva forma de organización societaria, imprescindiblemente, debe llevar también a una nueva forma de organización política y puede llegar a realizarse tan sólo en esa nueva forma política y que, por lo tanto, el socialismo necesita también una forma política y diferente en la que puede hallar su propia expresión para incorporarse a la vida. Los hombres de la vieja Internacional estaban posesionados de la idea de que el sistema del "soviet" era la forma política más adecuada a una sociedad socialista.

Los trabajadores de los países latinos, donde la Internacional halló su mayor apoyo, desarrollaron el movimiento sobre la base de las organizaciones para la lucha económica y de grupos socialistas de propaganda, siguiendo el espíritu de las resoluciones adoptadas en el congreso de Basilea. Como vieron que el Estado era únicamente el representante y el protector de las clases privilegiadas, no aspiraron a la conquista del poder político, sino al triunfo sobre el Estado con objeto de abolir el poder político en toda forma, ya que es solamente la expresión legal de la tiranía y de la explotación.

Por ese motivo, no buscaron jamás de imitar a la burguesía formando un nuevo partido político y cooperando por tal método a la formación de una nueva casta de políticos profesionales. Por el contrario, vieron la finalidad de sus luchas en la conquista de las fábricas, de las industrias y del suelo y comprendieron que esa finalidad era totalmente distinta a la que persiguen los políticos de la burguesía radical, que gastan todas sus energías en el poder estatal. Comprendieron que con el monopolio de la riqueza caería también el monopolio del poder, que toda la vida social futura debía ser construída sobre bases completamente nuevas. Acep-

tando que la dominación del hombre por el hombre cumplió ya su época y que ahora corresponde estudiar la gran técnica de la dirección de las cosas, en vez de gobernar a los hombres, colocaron frente a la política autoritaria de los partidos, la política gremial del trabajo. La fracción progresiva de la Internacional entendía que la reorganización de la sociedad debía surgir del mundo industrial y del campo, y que es allí donde debe colocarse el fundamento del socialismo. De ese convencimiento nació la idea de los consejos de obreros (soviets). Este pensamiento fué analizado y profusamente expuesto por la prensa, los libros y los folletos del ala anti-autoritaria de la Internacional agrupada alrededor de Bakunin y sus amigos. De un modo muy especial fueron desarrolladas tales ideas en los congresos de la Federación del Trabajo de España, donde hasta se llegó a emplear las expresiones "juntas y consejos de trabajo".

Los socialistas libertarios de la Internacional vieron claramente que el socialismo no podía ser dictado por gobierno alguno, que debía desenvolverse orgánicamente desde abajo, del seno de las masas y que correspondía a los trabajadores mismos tomar la dirección de la producción y del consumo. Tal fué la idea que sostuvieron frente a la doctrina de los socialistas autoritarios y de los políticos socialistas parlamentarios.

La lucha sostenida por Bakunin y sus camaradas contra Carlos Marx y el Consejo General de Londres, y que terminó con la división de la gran unión obrera, tenía por origen las contradicciones expuestas entre federalismo y centralismo, y las diferentes interpretaciones del rol que el Estado debe tomar en el período transitorio.

No fueron cuestiones personales las que condujeron a esa lucha interna, a pesar de que Marx y Engels hicieron todo lo humanamente posible para torcer hacia el lado personal la contienda que sostenía Bakunin, divulgando diversos chismes y sospechas sobre Bakunin y sus amigos. Se trataba, en verdad, de dos interpretaciones diversas del socialismo y, más aún, de la elección de dos caminos diferentes en la marcha hacia el socialismo. Marx y Bakunin fueron únicamente los dos representantes más destacados en la lucha de principios fundamentales, pero sin ellos el conflicto se hubiera producido en igual forma, ya que se trata de una contienda entre dos corrientes de ideas que han tenido y siguen teniendo un significado propio.

En el transcurso de las grandes persecuciones desencadenadas contra el movimiento obrero en los países latinos, que principiaron en Francia con la caída de la Comuna y se propagaron a España e Italia en los años siguientes, la idea de "soviet" sufrió contrariedades enormes, ya que toda propaganda pública era perseguida, mientras que los trabajadores con sus grupos secretos tenían que concentrar todas sus fuerzas a combatir la reacción y ayudar a sus víctimas. Pero tan pronto como mejoró un poco la situación y con la evolución del sindicalismo revolucionario se despertó a una nueva vida, sobre todo en la época de la gran actividad de los sindicalistas franceses, entre 1900 y 1907, la idea de "soviet" llegó a adquirir una exacta y clara interpretación. Sólo es necesario echar una mirada sobre los escritos de Pellietier, Pouget, Griffelhes, Monatte, Ivetot y muchos otros— de teóricos puros como Lagardelle no quiero hablar ahora por cuanto no han tomado participación práctica en el movimiento— para convencerse que ni en Rusia ni en otro país cualquiera la idea de "soviet" se ha enriquecido con ningún pensamiento que los propagandistas del sindicalismo revolucionario no hubieran establecido ya quince o veinte años atrás.

Por aquel entonces en los círculos de los partidos obreros socialistas no se quiso saber nada de la idea de "soviet" y la gran mayoría de los que hoy figuran como sus más fervientes admiradores y partidarios—especialmente en Alemania—consideraban con todo desprecio a esta "utopía idealista".

Los bolsheviks no constituyen una excepción a esta regla general. El hecho de que esa gente tenga hoy que rendir pleito homenaje a la idea de "soviet" de los socialistas libertarios, es la prueba más significativa de la época porque atravesamos y del nuevo derrotero que tomará el movimiento proletario. ¡La utopía resulta así más poderosa que la "ciencia"!

LO QUE SE DICE

Yo no soy estudiante, pertenezco más bien a la categoría de los estudiosos, obstáculos poderosos me desplazaron; pero desde aquellos tiempos tengo un falón invisible que me señala un rincón en los círculos universitarios. De ahí mi afán por no quedar rezagado en la marcha de los acontecimientos, de inquirir con la autoridad de antiguo allegado, de andar olisqueando a caza de algo sensacional para mi espíritu de iniciado. Y ahora he descubierto algo que me resarce con creces, un manjar delicioso, pero que hay que gustar con reservas, pues produce «la Tenia»: se trata de D. Arcadio Ducoing...

¡Cuán conocido es D. Arcadio! Si es el mismo de aquel affaire Vicuña-horteras, el mismo ex-director del Instituto Pedagógico y hermano espiritual de D. Juan, el Proteo de los puestos públicos, el formidable lector de revistas y abogado precoz. ¡Ah D. Arcadio es multiforme, «Grande», «Vivo», es una estatua asiática!

¿Qué nombre tan poético, tan virgiliano verdad? ¿Qué no se lo merece?—¡Error! D. Arcadio sí, es pastoril, casi nos evoca a un boyero sanote, de esos de Teócrito... Yo creo que sois injustos al reclamar su nombre griego.

Bien. Entremos asunto adelante. D. Arcadio es profesor en el Pedagógico de estilo y composición. Su misión se condensa en formar «estilistas», es decir hombres que escriban a «Su» manera y con plumas de ganzo, «Las memorias de un profesor aburrido»...

El primer trabajo engastado en el programa del curso, es una composición auto-biográfica general, que se titula si no me equivoco, «Mi personalidad». ¿Fines? Inquirir datos de vida doméstica, ascendencia y finalidad («trascendental»), dar pábulo a que los románticos escriban con letra *curstiva* algunas flores de siutiquería...

Un alumno que, además de literato es sincero, se comió los eufemismos y expresó su manera de pensar, sus inclinaciones morales e ideológicas al desnudo; y derivando y derivando, tocó el sacrificio de Vicuña y sus repercusiones en la educación pedagógica. ¡Que temeridad tan anacrónica! aquello era destapar el foco.

En la clase siguiente llegó D. Arcadio solemnemente, y con ademanes mayestáticos empezó a corregir faltas ortográficas, caligráficas puntuación e invasiones a los márgenes y punto aparte, todo lo que puede contribuir a formar un «estilista».

Cuando llegó a la composición volcánica, dicen que D. Arcadio accionando métricamente dijo más o menos:—«En mi clase hay un alumno, gran literato, que se dice elogiado por Nordau. Su composición no está mal hecha, hay soltu-

ra en la frase, pero en el fondo contiene ideas desgraciadísimas, además es petulante, lleno de un orgullo desmedido que me voy a hacer un deber en castigar aquí públicamente».

Al margen relató una anécdota, que no he podido obtener, respecto al engaño que sufren los escritores noveles con mandar sus libros a los consagrados, pues, en la mayoría de los casos, mientras estos los arrojan al rintero, aquellos agotan a medio mundo con una cartita que empuñan como banderola de triunfo.

Como me lo figuro, el autor de la composición debe haberse descontrapesado ante la andanada que le lanzaba D. Arcadio con toda la gravedad de su carácter.

Traía ponzoña, no se detuvo. Afirmó con testimonio de 3 amigos que Nordau no sabía español, que no había estado en España jamás y por lo tanto aquella carta... El ataque era muy grosero y trató de paliarlo entonces poniendo en duda la «honradez» de Nordau. De Gcilla a Caribdis, D. Arcadio perdía la plumada. Es algo ingenuo, creyó de que aquello de negar era cuestión de amistades, o de diccionario Larousse. Y no fué así, pronto un alumno le interrumpió para afirmarle que Nordau había estado en España, que había escrito un libro, y ¡qué erudición! que tenía una hermana bailarina a la cual había acompañado en una jira artística por España.

D. Arcadio movió la cabeza penularmente, estaba desconcertado, y como otrora «La campana lo salvó de...»

Todo aquello había caído etonante sobre el ambiente pantanal del curso. Todos aguardaban con mal encubierta ansiedad la próxima clase.

El mismo decorado.

D. Arcadio llega más sereno, sobre su espíritu había pasado la «aplanadora» de la reflexión. Con mímica más discreta, en el rostro se retrataba la contrariedad que le producía el haber provocado el incidente, pero su amor propio le impedía...

Habló algo sobre el respeto de las opiniones, y pasó a exponer sus ideas con respecto al caso «concreto» ya, de un profesor.

Y aquí viene lo grande. Los detalles que pusiera serían mentidos, trataré de trasladar las esqueleses de mi documentación:

1.º Los profesores en cuanto servidores del estado que son, deben seguir «en el ejercicio de sus funciones» en cuanto a la política interna e internacional se refiere, el criterio del «gobierno».

Consecuencia que fluye: Don Arcadio es un humilde divulgador del sofisma de la dualidad de personas de un ex-ministro, al cual Vicuña enrostró su ignorancia y falsía.

2.º Hace muchos años que en el Instituto Pedagógico existió un profesor que en clase se desnudaba para enseñar anatomía en su cuerpo... así en este caso... y

3.º No se puede permitir (esto con patético) que el día menos pensado se le ocurra salir a un hombre disparando balazos en la vía pública! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

La mayoría gruñiría por lo menos, ante la argumentación que hacía un profesor de Filosofía, Estilo y Com-po-si-ción. Algunos dicen que le perdieron el respeto ipso facto y se atrevieron a refutarlo.

REFUTACIONES

Uno. —¿Cree Ud., señor, que con su criterio de que todos los profesores cambien de modo de pensar con cada ministerio que suba, no se produciría mayor desconcierto y mayor desorganización que la que hoy existe?

Como diría Vicuña «Don Arcadio es viscoso», es resbaladizo, y encontró la ocasión para engolfarse en una discusión sobre organización y desorganización, durante la cual preguntó enfáticamente a su contricante:

—¿Cómo Ud., que lee tantas «revistas» no se da cuenta que nuestro país es uno de los mejor organizados del mundo?...

Otro. —¿Cree Ud., señor, que el profesor que enseñaba su cuerpo desnudo manifestaba opiniones, que el individuo que dispara balazos manifiesta opiniones? y ¿cuándo el

profesor aludido hizo de su cátedra una tribuna para manifestar sus ideas?

Don Arcadio perdía la línea... desatentado se detenía al borde del desfiladero cortado a pique.

Un tercero. —¿Piensa Ud., señor, que es edificante y moral, que los servidores del Estado tengan dos conciencias, dos criterios, que sean unos Tartufos?

—¡Alto señor! Ud., no me ha comprendido—lo interrumpo—yo me he referido a la «forma» de manifestar las opiniones «al estilo»

Un cuarto. —¿Quién fijó el estilo señor?

A. —El buen sentido.

—¿Qué es el buen sentido?

A. —Cierta idea de Orden...

—¿Me puede definir el orden señor?

Un último arrima a la discusión el caso de un profesor primario que fué separado de su puesto por dar apreciaciones en un corrillo.

Don Arcadio siente su cuerpo acibillado por los tábanos, está lido.

—Eso ya es distinto, yo no he afirmado que un profesor no pueda charlar en privado.

Alguien insinúa que Vicuña charló en el seno de la Federación de Estudiantes.

¡Ah! ¡La Campana!

Don Arcadio sudoroso hace mutis violento por la puerta lateral, la ventana estaba tan alta!.....

TINTAGILES.

LA VOZ DE LA VIDA

Mi amigo, el escritor H., cuenta lo siguiente:

Cerca del puerto de Copenhague corre una calle que se llama Vestamold, nueva y bastante solitaria. Hay pocas casas, unos cuantos faroles y de vez en cuando algún transeunte. Hasta durante los días de primavera es raro que alguien salga a pasear.

Bueno. Anteayer noche me pasó algo en esta calle y quiero contárselo.

Daba yo unos paseos por la acera cuando bruscamente me encontré con una dama. No había nadie más. La iluminación era escasa y yo no podía observar bien el rostro de la mujer. «Debe de ser una de estas vulgares hijas de la noche» pienso y continúo mi paseo.

Al llegar a la esquina, me vuelvo y rehago el trecho ya recorrido: también la dama se volvió y nos encontramos de nuevo. Yo pienso: «Espera a alguien, veamos quién es». Y paso otra vez muy cerca.

Cuando nos encontramos por tercera vez, me quito el sombrero y empiezo a hablar. Buenas noches. ¿Espera a alguien? ¡Ella se estremeció... No... Sí... Espera a alguien ¿No molestaría si yo hiciera compañía hasta que llegara el esperado?

No, no le molesta. Al contrario, me lo agradece. Además, agregó, no esperaba a nadie, y sólo paseaba, porque le agradaba mucho el silencio.

Paseamos uno al lado del otro hablando de cosas indiferentes: le ofrecí mi brazo.

—¡Ah, no! — replicó moviendo la cabeza.

La cosa empezó a aburrirme. Por la obscuridad no podía verle la cara, por lo cual traté de observarla cuando en-

cedí una cerilla para ver la hora en mi reloj.

— Son las nueve y media— dije.

Ella se estremeció, un escalofrío pareció recorrer su cuerpo.

Aproveché la ocasión y pregunté: —Hace frío... ¿No quiere entrar en algún café para tomar algo caliente? ¿En el «Tivoli» o en el «Nacional»?

—No, no, no puedo ir a ninguna parte— exclamó.

Recién entonces me fijé que llevaba un velo de luto.

Le pedí perdón, echando la culpa a la obscuridad. Por la manera de aceptar mi pedido, comprendí que no pertenecía a la clase vulgar de los pájaros nocturnos.

—Tome usted mi brazo—repetí,— esto calienta.

Ella obedeció. Dimos unas cuantas vueltas. Después me pidió la hora.

—Son las diez tocadas. ¿A dónde vive usted?

Dijo el nombre de una calle. Yo la detuve.

—¿Puedo acompañarle hasta la puerta de su casa?

—No, esto no — replicó: — no lo haga usted. ¿Vive usted en la calle Bredgade?

—¿Cómo lo sabe usted?—pregunté admirado.

—No sé quién es usted — me respondió.

Pausa. Marchábamos juntos y nos dirigimos hacia las calles iluminadas. Ella caminaba y su velo flotaba. Dijo:

—Se lo pido a usted caminemos de prisa.

Al llegar a su puerta se volvió hacia mí, como si quisiera agradecerme mi compañía. Le abrí la puerta. Entró lentamente, mirándome. Yo entré también. Entonces me tomó de la mano.

No nos dirigimos ninguna palabra. Ascendimos algunos escalones y nos detuvimos en el segundo piso. Ella abrió una puerta y luego otra, llevándome siempre por la mano. Por fin nos detuvimos. Debíamos de estar en un cuarto porque oí el tic tac de un reloj.

Un momento permaneció tranquila y bruscamente me echó los brazos al cuello y apretándose contra mí con todo su cuerpo, me estampó un ardiente beso en la boca, en mi propia boca.

—Ahora siéntese—dijo,—aquí hay un sofá. Encenderé la luz.

Y prendió la lámpara. Yo miré curiosamente. Era una espaciosa habitación, lujosamente amueblada: había muchas puertas abiertas. No pude comprender quién ni qué era ella y exclamé:

—Que hermoso es todo esto. ¿Vive usted aquí?

—Sí, es mi casa.

—¿Es su casa? Entonces ¿es usted la hija de esta casa?

Se rió y dijo:

—No, no. Yo soy una vieja. Ya lo verá.

Y se quitó el sombrero y el velo.

—Vea usted—dijo— y echándose nuevamente los brazos me besó en un raptó de pasión.

¡La grande, la loca criatura! Podía tener de veintidos a veintitres años. En su mano derecha llevaba un anillo de matrimonio. Podía ser casada. ¿Hermosa? No. Tenía muchas pecas y casi carecía de cejas. Solo se la veía ardiente de vida y su boca era adorable. Quise preguntarle por su nombre, por su marido, si lo tenía; quería saber en casa de quién me hallaba, pero cuando abría la boca se apretujaba contra mí y me cerraba la boca con la suya.

—Yo me llamo Elena—dijo—¿quiere servirse algo? No importa, llamaré. Pero... entre por un momento ahí, en el dormitorio.

Entré en el dormitorio. La lámpara de la sala arrojaba una débil luz. Ví dos camas. Elena llamó y pidió vino. Oí como una criada lo trajo y luego salió. Pasado un instante, Elena entró en el dormitorio y se quedó en la puerta. Yo avancé hacia ella. Dió un gemido y cayó en mis brazos...

Esto pasó anteayer, de noche.

¿Qué más? Ten paciencia, que algo más pasó. Ayer de mañana, cuando me desperté, aclaraba ya. La luz del nuevo día penetraba por los cortinajes. También Elena se despertó. Suspiró cansada y se sonrió. Los brazos eran lisos como terciopelo y su pecho pal-

pitaba. Le dije algo y ella me cerró la boca con la suya, muda de ternura. El día avanzaba.

Dos horas, después, me hallaba de pie. También Elena se levantó. Se vistió, se puso los zapatos. Ahora recuerdo algo que me hiela la sangre y me hace temblar, algo así como un sueño macabro. Yo estaba cerca del lavatorio y Elena hacía algo en otro cuarto. Cuando abrió la puerta para entrar, miré. Un viento frío soplaba por las ventanas abiertas. En medio de aquel cuarto, sobre una gran mesa, yacía un muerto. Estaba en un féretro, estirado, con una barba gris, un hombre muerto. Sus rodillas se encorvaban en alto, como dos puños amenazadores. Su rostro estaba tan amarillo que daba horror mirarlo. Lo ví todo con mucha claridad. Miré a otro lado sin decir nada.

Cuando volvió Elena ya estaba yo pronto para irme. Me quiso acompañar hasta la puerta. Apenas pude corresponder a su abrazo. La dejaba hacer, sin decir nada. Al llegar a la puerta volvió a abrazarme y dijo:

—Hasta luego.

—No, mañana no.

—¿Por qué?

—Cállate, querido. Mañana tengo que ir a un entierro. Murió un pariente mío. Ya lo sabes.

—¿Pasado mañana?

—Sí, pasado mañana te espero aquí...

Adiós.

Y me fui...

¿Quién es ella? ¿Quién es el muerto? ¿Qué puños apretados y como colgaban las comisuras de los labios! ¡Qué rictus cómicos! Pasado mañana me espera. ¿Que vaya?

Me dirijo al café Bermina. Pido la guía de direcciones. Busco la calle y el número. Bueno. Ya sé el nombre de Elena y su apellido. Espero el diario de la mañana y cuando me lo traen, lo agarro para fijarme en los avisos fúnebres. Sí, encuentro el de ella: "Después de larga enfermedad murió ayer mi esposo, a los 53 años". El anuncio llevaba la fecha de ayer.

Largo rato permanecí pensativo.

Un hombre tiene una mujer de treinta años menos que él. Durante años está enfermo hasta que un buen día se muere. Respira la joven viuda, siente la atracción potente de la vida. La escucha y responde: Voy. Y aquella misma noche pasea por la calle Vestavold...

Mañana, Elena, Elena...

KNUT HAMSUN.

El Proceso del Cristo

Hay varias explicaciones teológicas, todas ellas complicadas, de la muerte, en cruz afrentosa, del Cristo. Quien sea capaz de leer la prolija obra que Ritschl dedicó a la justificación y reconciliación por la muerte del Cristo podrá medir hasta dónde llega el tecnicismo teológico, que es el más terrible y el más hermético de los tecnicismos. Pero si hay varias explicaciones teológicas, a cual más enrevesada, de los méritos que adquirimos por el rescate cristiano, de la redención, no hay acaso más que una explicación religiosa, y es la histórica.

Ante todo, ¿por qué se le crucificó al Inocente, al Justo? Se os dirá que para que se cumplieran las Escrituras. Y como no ha llegado a nosotros el proceso judicial, y acaso no le hubo... Pero nos basta el Evangelio, y oigámosle.

En el capítulo XI, versículos 47 al 53, de cuarto Evangelio, en él, según la tradición de Juan, se dice: "Entonces los pontífices y los fariseos juntaron consejo y decían: que hacemos? porque este hombre hace muchas señales y si le dejamos así todos creerán en él y vendrán los romanos y quitarán nuestro lugar y la nación". Y Caifás, uno de

ellos, Sumo Pontífice aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada, ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo y no que toda la nación se pierda". "Más esto no lo dijo por sí mismo, sino que como era el Sumo Pontífice en aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación, y no solamente por aquella nación, más también para que juntase en uno a los hijos de Dios que estaban desparrramados. Así que desde aquel día consultaban juntos de matarle".

Aquí hay un hecho histórico y un comentario religioso del evangelista. El hecho es que a Jesús, el Cristo, se le persiguió y condenó por anti-patriota, porque provocaba con su conducta la intervención de los romanos, y el comentario es que venía a fundar una Internacional, o mejor, una sociedad católica en el sentido estricto de esta palabra, esto es universal.

Persiguiéronle al Cristo los judíos por anti-nacionalista, porque en vez de ser como los Macabeos—o sea Martillos—un cabecilla de insurrección guerrera, declaró que su reino no era de este mundo. ¿Y quién no recuerda al respecto lo del César y Dios? Más

conviene hacer notar en qué ocasión se dijo lo de: "dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios", que fue cuando para buscarle conflicto con las autoridades romanas le preguntaron si era lícito dar tributo al César, al poder intruso del invasor, y él, entendida su astucia, pidió la moneda, preguntó de quién era el cuño, y al decirle que del César pronunció la frase eterna y sublime (Luc. XX, 20 a 26). A lo que podría decirse que al César se le ha de dar su dinero—sólo el suyo—y no otra cosa. O cómo glosó Calderón: "Al Rey [a vida y la hacienda—se ha de dar, más el honor—es patrimonio del alma—y el alma sólo es de Dios". Aunque apenas si cabe dar vida y hacienda sin enajenarse del honor.

Por anti-patriota, por sedicioso, por rebelde, persiguieron los judíos a Jesús. Y al llevarle a Pilato, el prefecto romano, desafiante que pervertía la nación, que vedaba dar tributo al César y que decía que era rey (Luc. XXIII, 2). Pilato le preguntó si era rey, respondió él evasivamente: "tú lo dices", el romano no le halló culpa en ello y al saber que era galileo enviólo al rey Herodes (Luc. XXIII, 3 a 7). Era este rey Herodes, el Tetrarca, aquel contra quien alzó su encendida palabra Juan el Bautista, a quien por su mandato se le degolló y cuya cabeza le fué presentada en un plato por su hija y de Herodías (Mat. XIV, 1 a 12). Y este rey, tan perverso como débil, deseaba ver al Cristo y verle hacer, acaso como en deporte, un milagro (Luc. XXIII, 8 a 12), divertirse y menospreciarle y burlarse de él. Y le escarneció, y Pilato mismo quiso echar la cosa a broma y a sainete, pero el pueblo que pedía tragedia, el pueblo a quien los pontífices y fariseos habían hurgado en su vil patriotería, en su abyecto nacionalismo xenofóbico, clamó: ¡crucifícale! ¡crucifícale! (Luc. XXIII, 21). Así fué de Caifás, que era algo así como Fiscal del Tribunal Supremo, a Pilato, y de Pilato al rey Herodes.

Sobre la Cruz hizo poner el romano:

Un Niño defiende la Música Italiana

Es tan larga y aburrida la demostración de la evidencia, que no voy a perder mucho papel al contestarle a la criatura Espártacus.

Cuando comencé la lectura del artículo en defensa de la música italiana, me imaginé que el autor sería uno de esos musicastros ignorantes y torpones que tocan segundo violín en un bar mapochino; pero al finalizar dicho artículo, me pareció más ingenuo que la primera página del catecismo, y dije para mí: ¡pobre criatura!

Y no haré ironía, por una sencilla razón: en otros tiempos la ironía era patrimonio de las gentes de talento, en la actualidad se conocen demasiado sus recursos

"Jesús, nazareno, rey de los judíos". Y cuando muchos de éstos lo leyeron fueron a decirle a Pilato que pusiese no que lo era sino que él, Jesús, decía serlo; más el romano contestó: «¡Lo escrito, escrito está!» (Juan XIX, 19 a 22)

He aquí pues, todo el proceso del divino Rebelde, de anti-patriota Jesús. Rebelde y anti-patriota según el mundo, según los precursores de los pontífices y los escribas y los patriotas de hoy. Y el proceso sigue y se sigue crucificando al Cristo por los maestros de los nacionalismos. Y de estos nacionalismos tienen que redimirnos ese proceso y el divino procesado.

El divino ajusticiado que mientras la Iglesia que se encubre con su nombre ha canonizado a tantos, él, Jesús, no canonizó, no prometió la gloria sino a un compañero suyo de suplicio, a un rebelde, a un *bandolero*, a un acusado por los fiscales o diablos—diablo quiere decir fiscal o acusador—, a quien dijo: "De veras te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso" (Luc. XXIII, 43). ¿Qué el buen bandido se arrepintió? Según qué sea arrepentirse. Pero el que no se arrepiente es Caifás, Caifás a sueldo.

¿Quién había de decir que esa cruz en que murió el anti-patriota serviría, corriendo el siglo, de empuñadura a la espada de la conquista! ¿Quién había de pensar que se llegara un día a esgrimirla contra otra nación! Y tratar de convertir indios o de rechazar moros a cristazo limpio!

Pero cuando el Cristo eterno, desde su cruz de triunfo, ve que se toma su nombre en la cruzada—¡cruzada!—contra la morisma y se levanta en tierra de moros altares al *lleyendario* Santiago Matamoros—que parece fué caudillo kaisereó y acaso tudesco—, exclama: "¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen!" (Luc. XXIII, 34). No, no saben lo que se hacen, ni lo que se dicen. Y si son obispos, o inspectores, menos todavía. Sobre todo metidos en campañas sociales y nacionales.

MIGUEL DE UNAMUNO.

y la ironía está hoy al alcance de todos los bolsillos; por esta razón, es preferible el insulto razonado.

La criatura Espártacus debe ser uno de tantos niños precoces que para el cumpleaños de su mamita se colocan un cuello volteado con corbata ancha para recitarle a la santa unos versitos y rasguñar en el violín una melodía del «Rigoletto». Yo, padriño de la criatura, después de escucharle los versitos y la tocata en el violín, le habría dicho: —«Venga, mijito, para darle una cosita». Y en el cuarto del baño le habría bajado los pantaloncitos para darle unas buenas palmadas a pote pelao.

ICH GROLE NICHT.

AVISO

Ponemos en conocimiento de todos los agentes y paqueteros, que con el objeto de regularizar en debida forma la buena marcha del periódico, se ha tomado la siguiente determinación:

1. Es indispensable que cada agente indique el número más o menos preciso de ejemplares que pueda colocar;
2. La liquidación de los ejemplares vendidos y la devolución de los sobrantes — indicando cantidad y nombre del remitente — debe ser hecha quincenalmente;
3. Todo ejemplar que no se devuelva en el plazo de quince días a aquél de su recepción, se considerará vendido;
4. Si después de un mes no se ha percibido el importe de los ejemplares despachados, se suspenderá todo envío, y se pasará una lista a las publicaciones similares con el nombre de los agentes morosos, a fin que no continúen siendo un perjuicio para la propaganda.—LA ADMINISTRACION.

Dostoiewsky y el alma rusa

Se dice a veces que la miseria es buena para las grandes almas! Parece que las fortifica. Es la idea de los que no han pasado nunca por esta condena y este entierro. No saben ellos todo lo que la miseria mata en un hombre; las fuerzas que ha gastado en desgarrar la tierra para arrancarle su pan, son robadas a las bellas obras que, con tiempo, habría ejecutado. El trabajo con que resiste los vigiliás, la rabia, las angustias que agotan, ¡cuántas horas, cuantos años perdidos! ¿La miseria fortifica? Sí, sin duda, algunas veces, y a que precio! No se permanece de pie sino sobre el cadáver de la alegría, la miseria mata también. Aquel, que ha estado siempre enfermo, que ha muerto antes de tiempo, en buena salud hubiera multiplicado las obras maestras y por lo menos, hubiera vivido. Olvidase demasiado la más bella y segura de las ventajas de vivir.

La correspondencia de Dostoiewsky es un monumento a la miseria del genio, un largo grito de desesperación. Cartas lamentables, en verdad, porque en ellas se oye el eterno lamento de un eterno mendigo. A los veinte o a los cuarenta años, y a los cincuenta como a los treinta es el mismo gemido. Lloro su hambre, grita que le socorran. Ya no quedan ropas, no sabe con que pagar el arriendo. «Se trata de pagar todas mis deudas con mi próxima novela.» «Si el negocio no resulta es posible que me ahorque» Un cuarto de siglo más tarde, con mujer e hijo, grita: «Me ha sido necesario empeñar mis pantalones para procurarme dos thalers. Ella mi mujer, que alimenta a su hijo, va empeñar ella misma su última falda de invierno, de lana! «Y sin embargo hace dos días que está nevando aquí».

La deuda ha sido su Tántalo, nunca ha salido de ella después de *Crimen y Castigo*, ya célebre ha debido huir de Rusia para escapar de la prisión. Destierro para un hombre como Dostoiewsky talvez más duro que el tiempo de su prisión en Siberia.

Son las deudas las que le arrancan las confesiones lastimosas que llenan sus cartas. Lo empujan, lo espantan, no hace un movimiento sin que sienta la molestia rodeándole ni un gesto que no lo envenene.

La deuda siempre está allí para impedirle satisfacer las más humildes necesidades que lo atenazaron.

En su correspondencia no se trata más que de rublos, de préstamos de adelantos, de empeños.

«Devolveré tanto, me quedará tanto, tanto necesito». De ahí el nudo de sus convulsiones. «¡Se lo suplico! Por el amor del cielo! En el nombre de Cristo! Por amor de Dios!»

Hay cartas en que este grito de mendigo vuelve hasta nueve veces. A toda hora se prosterna atenado

por las penas. «Estoy desesperado» «Estoy perdido» Uno tiembla con su propia impaciencia, los nervios se tienden esperando con él. «En nombre del cielo, contésteme! Una respuesta inmediata por amor de Dios! es la oración que repite diez veces, cien veces, mil veces en todas las páginas.

Y la miseria de las miserias no es ayunar ni comer el pan seco a la cabecera de una mujer enferma. Puede ser peor, pero que haya que ganar este pan de cada día con el alma cuando se esta lleno de obras que no tienen salida. El más negro infortunio no es sufrir mientras que pueda bastarse al sufrimiento; sino de estar encadenado cuando hay que vivir a lo Tántalo, separado de su arte por la enfermedad y todas las miles inquietudes de la vida cotidiana, que hacen la vida tanto más abyecta cuanto que debería ser más grande «Como puedo escribir si me estoy muriendo de hambre?» pregunta el desgraciado, ¿y todavía que exigen de mí? exigen arte, pureza poética sin esfuerzo, sin delirio, me dan a Turgueneff, Goucharop y Tolstoy como modelos!» Y para concluir: «Toda mi vida he debido trabajar por dinero; y toda mi vida he estado continuamente necesitado, ahora más que nunca».

* *

Ahí está el grito de toda una vida. Ahí está Dostoiewsky entre la entre la enfermedad, la miseria y el duelo, durante treinta años. Le es necesario alcanzar a la tumba para tener al fin, algún descanso. Los últimos cinco años, en los que encuentra la gloria y algo como un desahogo, son el lugar al sol, que separa de la fosa a los que se detienen. Para llegar hasta allí, un camino lamentable entre ortigas y tormentos. Y una vez en la terraza, que pronto la atravesamos! La mano nocturna, cuya palma es el cielo infinito sujeta al hombre por los hombros y lo empuja por la espalda. Un paso más y aquel sitio dorado se corta a pico en un margen de noche, estrecha ay! como un cuerpo de hombre en capullo, pero de una profundidad insondable.

Ni Tolstoy, ni Turgueneff, ni los otros famosos rusos conocieron la suerte del pobre y del enfermo. No hablo del hombre humillado; porque ¡Dostoiewsky, si devoró las cóleras y la rabia del artista desconocido, no fué nunca sensible a la vergüenza de la prisión. Una prisión política, a la rusa, es un sitio lleno de honor. Por otra parte hasta los criminales, allá, aceptando en conciencia su pena, no se avergüenzan de su crimen, porque lo expían. Puchkin, Tolstoy Turgueneff, tantos otros, son ricos señores, libres de su tiempo, en posesión de la fortuna y de este bien inapreciable: una salud robusta. Obedecen a su

función creadora, y nada la combate. Ahí está la felicidad del poeta y no en otra parte.

Dostoiewsky no tiene ocios. Dostoiewsky no es más libre que la Rusia, su madre. Está en las lágrimas, en las prisiones, en las cadenas. Como a ella, se le lleva a la harca. Escapa; pero se le reserva una serie infinita de suplicios. No se sustrae a ellos. No predica ni la sumisión al mal, ni la revuelta. Se atreve a pronunciarse por el uso heroico del sufrimiento. Se atreve a apartar del ejercicio poderoso que el mal intenta en nuestras almas, el que se nos hace y el que estamos tentados de hacer. Para él y para toda su raza, abraza el partido del amor que sufre, el que, creo yo, es el único amor, porque es el único que acepta la prueba del sacrificio. Y, en el horror de todo lo que le rodea, para sí mismo o para su pueblo, Dostoiewsky, reclama la belleza de vivir.

En conjunto, es la suya una vida horrorosa. Apenas se puede soportar el imaginarla; pero que se con-

considere la vida aparente de Dostoiewsky como el medio de su vida interior: todas las durezas de la fortuna, las injurias de la desgracia, tantos hierros de arado que sirven, cortantes, en la labor de la belleza escondida que sólo el desgarramiento del seno debía hacer visible.

Así es como en Dostoiewsky se opera la revelación de todo un mundo. Así es él; así es la Rusia. Le era necesario, de toda necesidad ser condenado a muerte e ir a la prisión con ella. Dostoiewsky ha creado para nosotros la Rusia mística, la Rusia cruel y cristiana, el pueblo de la misión entre Europa y Asia, que trae al lado del crepúsculo Occidental el fuego y el alma divina del Oriente. ¿Qué rey, qué político o qué conquistador ha laborado más por su raza? Es en Dostoiewsky, en fin donde la Rusia dejando de ser cosaca se manifiesta como un recurso para el género humano, una reserva para el porvenir.

ANDRÉ SUARÉS.

: Letras de Oro :

«En las riberas del Oka vivían felices numerosos campesinos, la tierra no era pródiga, pero labrada con tesón producía lo necesario para vivir con holgura, y aún para guardar algo de reserva.

Ivan Pavlovitch, uno de los labradores, estuvo una vez en la feria de Novgorod, y compró una hermosísima pareja de perros sabuesos, para que cuidaran su casa. Los animalitos al poco tiempo se hicieron conocidos en todos los campos de la vega del Oka, por sus continuas correrías, en las cuales las ovejas y terneros no solían quedar muy bien parados. Nicolai Fofanof, vecino de Ivan Pavlovitch, fastidiado de las continuas molestias de los sabuesos, en la primera feria de Novgorod compró otra pareja de sabuesos para que le defendiesen su casa y sus ganados. Al principios los nuevos guardianes riñeron con los antiguos, pero pronto se amistarón y todos cuatro hicieron juntos las correrías. Los otros vecinos que vieron aumentar la amenaza para sus ovejas, se proporcionaron también sabuesos, y así a la vuelta de pocos años, cada labrador era dueño de una jauría numerosa de 15 a 20 perros. Apenas se oscurecía sus ladridos atronaban el aire; al más leve ruido los sabuesos corrían furiosos y con estrépito tal, que parecía que un ejército de bandidos fuera a asaltar la casa. Los amos, azorados, atrancaban bien sus puertas y decían entre sí «Dios mío, que fuera de nosotros sin estos valientes sabuesos que tan abnegadamente defienden nuestra casa!» Los que habían provocado el tumulto eran otros perros que iban por el camino o merodeaban cerca de la cocina; por lo común los defensores concluían por engrosar la partida de los vagos y seguir con ellos.

Entre tanto la miseria había sentado sus reales en la aldea; los niños cubiertos de harapos, palidecían de frío y de hambre, y los hombres, por más que trabajaban de la mañana a la noche, no conseguían arrancar al suelo el sustento necesario para su familia. Un día sequejaban de su suerte delante del Pope del lugar, y como culparan de ella al Cielo, este les dijo: «La culpa la tenéis vosotros: os lamentáis de que en vuestra casa falta el pan para vuestros hijos que languidecen magros y

descoloridos, y sin embargo veo que todos manteneis decenas de perros gordos y lucios», — «Son los defensores de nuestros hogares», exclamaron los labradores, — «¿Los defensores? De quién os defienden?» — «Señor, si no fuera por ellos los perros extraños acabarían con nuestros ganados y hasta con nosotros mismos». — «Ciegos, ciegos, dijo el Pope, no comprendéis que los perros defienden a cada uno de los perros de los demás, y que si nadie tuviera perros no necesitarían defensores que se comen todo el pan que debiera alimentar a vuestros hijos! Suprimid los sabuesos y la paz y la abundancia volverán a vuestros hogares». Los labradores, siguiendo el dictamen del Pope, se deshicieron de sus defensores y un año después sus sobrados y bohardillas no bastaban para contener las provisiones, y en el rostro de sus hijos sonreían la salud y la felicidad.

Lo mismo que pasaba en las riberas del Oka acontece ahora a los europeos y americanos: tienen ejércitos innumerable de defensores que meten mucho ruido cuando notan la menor agitación entre los defensores de un país vecino y están consumiendo las mejores fuerzas de todas las naciones».

LEÓN TOLSTOY.

Grupo Universitario LUX

Mañana Domingo 4, a las 5 P. M., el Grupo Universitario Lux reanudará sus charlas semanales. Se conversará sobre un interesante tema social.

Estudiantes, Obreros y Empleados.

Sed consecuentes
y comprad en la

ZAPATERIA EL SOVIET

San Diego 658